

EL CUERPO Y EL ESPACIO SOCIAL

Ana Julia Aréchaga
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

El mundo de los objetos, esa suerte de libro en el que todas las cosas hablan metafóricamente de todas las otras y en el que los niños aprenden a leer el mundo, se lee con todo el cuerpo, en y por los movimientos y desplazamientos que hacen el espacio de los objetos tanto como son hechos por él.

Bourdieu

Introducción

En el siguiente artículo se propone realizar un mapeo bibliográfico en torno a la relación entre el espacio y el cuerpo, que pueda ser utilizado como primeras pistas para pensar el trabajo de campo, y algunas de las formas en que se da esta relación (1).

Se plantea articular esta interrelación entre cuerpo y espacio social a partir de tres dimensiones: la ciudad, el barrio y la vivienda (Salazar 1999). Así haremos un breve recorrido por las definiciones de ciudad, espacio, barrio, para establecer una conexión con el cuerpo. En este sentido no se propone fundar reflexiones cerradas y exhaustivas, sino primeras aproximaciones que constituyan diversas líneas de reflexión, primeros puntos de conexión que pueden establecerse entre el espacio y el cuerpo.

La ciudad

Todo espacio social entendido como “el resultado de la acción de los hombre sobre el propio espacio” por medio de objetos naturales y artificiales (Santos, 1996:68), está atravesado por las relaciones desiguales que caracterizan a la sociedad en la cual vivimos. Así, según Pirez (1995), detrás de la urbanización subyacen dos procesos fundamentales: el de la acumulación capitalista y el de la dominación propia de esa forma social.

Para este autor la ciudad es una sociedad local que se caracteriza por una particular relación con el territorio, en función de la aglomeración con base en la división social del trabajo, frente a la dispersión de la sociedad rural. Así como también se define como un producto de diversos procesos como: la producción de territorios, los soportes físicos, las localizaciones, los procesos demográficos, económicos y culturales. A su vez, se caracteriza por poseer territorios intraurbanos homogéneos hacia dentro y heterogéneos entre sí, en los que predominará cierta base social. Esa relación entre población y territorio, explicita Pirez, está mediada fundamentalmente por razones estructurales: la relación entre mercado inmobiliario y la posición socio-económica de la población.

Para Salazar, el espacio urbano “se organiza de manera desigual como consecuencia de la forma que adoptan las actividades y los grupos sociales en el marco de una configuración diferenciada del medio construido que constituye la base material de su localización en la ciudad” (1999:38). A lo que le añade, a partir de la lectura de Castells, que es una expresión de varias estructuras sociales superpuestas a lo largo del tiempo. Al igual que Pirez, la autora plantea que la

ciudad es un medio ambiente creado que refleja el sistema de dominación social y económico, donde se corresponde la estratificación urbana con la estratificación social, y no como un proceso espacial natural y cultural, contraponiéndose a la escuela de Chicago.

Para Pirez, existe una tendencia a la homogeneidad territorial, que llevaría a una configuración de comportamientos donde se produciría una identificación del “nosotros” opuesta al “los otros”. Como consecuencia de esta apropiación, la presencia de los “otros” se percibe como un riesgo a las condiciones de existencia social. Esta forma de segregación espacial tiene su repercusión en el cuerpo: las personas “fuera de lugar” suelen manifestar sentimientos de incomodidad, pudor, o miedo que se percibe en su forma de caminar, gesticular, manifestándose diferentes grados de soltura corporal. Con el “fuera de lugar” hacemos referencia a la presencia de personas de sectores sociales diferentes a las que habitan ese espacio social, por ejemplo cuando personas de poder adquisitivo medio/alto atraviesan zonas empobrecidas, o cuando personas en situación de pobreza se hacen presentes en zonas habitadas por sectores medios/altos.

A su vez, esta identificación de “los otros” se da a partir de un conjunto de características estigmatizables (color de piel, cabellos, formas de caminar, vestimenta) donde no son las características en sí las que generan el estigma, sino que se valoran de manera desigual según sea la clase a la que se pertenezca; así el sistema de apreciaciones y valoraciones a las que remiten son las que generan el efecto estigmatizador y el consecuente enclasmiento (Aréchaga, 2010). Una frase despectiva, muy recurrente que ejemplifica esta “intromisión” es “se llenó de negros” o “estaba lleno de cabezas”, que hace alusión a cómo en espacios públicos o privados (la calle, boliches, negocios, el centro, etc.), que representacionalmente corresponden a determinados sectores, aparecen “los otros”. A la inversa frases como “estaba lleno de chetos” identifica la presencia de personas de poder adquisitivo más alto. Así hay una apropiación no sólo material, sino también simbólica del espacio.

Existe, entonces, una expresión o manifestación de las clases en el espacio que determinará las zonas de circulación que se les permite a determinados cuerpos vinculados con las representaciones que tienen los grupos sociales de algunos espacios y que se retraducen, entre otras cosas, en la comodidad con que los sujetos se desplazan.

Por su parte, el autor enumera una cantidad de atributos que configuran al territorio, ellos son: “la relación entre reproducción social y económica y el territorio, la localización central o periférica, la forma de asentamiento en referencia a la relación con el suelo y la vivienda (precario, formal, inquilino, propietario, etc.), la relación con el territorio urbano construido, el tiempo de residencia y la construcción cultural de las identidades” (Pirez, 1995: 6).

Estos atributos llevan a una heterogeneidad espacial atravesada por posiciones sociales desiguales. Esto nos convoca a pensar cómo estos espacios heterogéneos influyen en la percepción que los propios sujetos tienen de su cuerpo y también, cómo estos “cuerpos desiguales” se reproducen en (o por) el espacio, o se hacen manifiestos en él.

Con relación a esto Bourdieu en “Efectos de lugar” manifiesta que el espacio social (entendido por Bourdieu como el conjunto de relaciones sociales) se retraduce en el espacio físico de una manera más o menos directa. Para este autor el espacio social se inscribe tanto en las

estructuras espaciales como las mentales, que son producto de la incorporación de las primeras. El espacio sería uno de los lugares donde “se afirma y ejerce el poder, y sin duda en la forma más sutil, la de la violencia simbólica como violencia inadvertida” (Bourdieu, 2010: 122).

Esta violencia es inadvertida porque los espacios arquitectónicos interpelan al cuerpo directamente, generando efectos de distancia y acercamiento que son naturalizados e incorporados por la fuerza de lo objetual/material.

A su vez, podríamos agregar, que los parámetros corporales que son tomados para el diseño arquitectónico devienen de una concepción hegemónica del cuerpo, que muchas veces se explicita como “parámetros corporales estándar”, un ejemplo de ello lo constituye el sistema de medidas tomadas por Le Corbusier en la obra *El modulator* (donde el referente es un hombre cuya altura es de 1.82 metros).

En relación con esto, Richard Sennett (1997) en *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* analiza, en diferentes épocas, la imbricación entre los diferentes paradigmas de cuerpo y las configuraciones del espacio urbano. Focaliza un problema fundamental en relación con la civilización occidental que lo vincula con la incapacidad de tener en cuenta la diversidad de cuerpos humanos.

Específicamente en la sociedad contemporánea Sennett plantea el problema de la privación sensorial: el embotamiento, la monotonía y la esterilidad táctil que aflige al entorno urbano. Así, esta mutua relación entre cuerpo y ciudad contemporánea da por resultado cuerpos pasivos relacionados con las tecnologías del movimiento, que refuerzan la desconexión respecto del espacio (se prioriza la velocidad respecto del espacio). Los avances tecnológicos de los medios de transporte, que fueron desarrollados siguiendo diferentes parámetros corporales, demandan poca participación en el traslado. Por ejemplo la autopista supone que todo deba ser homogéneo para que el conductor no se distraiga, sólo se debe conducir sin siquiera distraer la mirada. Así, dice Sennett “el viajero como el espectador de televisión, experimenta el mundo en términos narcóticos. El cuerpo se mueve pasivamente, desensibilizado en el espacio, hacia destinos situados en una geografía urbana fragmentada y discontinua” (1997: 21).

Resulta interesante pensar junto a este autor cómo “las relaciones espaciales de los cuerpos humanos determinan en buena medida la manera en que las personas reaccionan unas respecto a otras, la forma en que se ven y escuchan, en si se tocan o están distantes” (1997:19). Explicita que aquellos cuerpos marcados por la experiencia (específicamente hace referencia a cuerpos mutilados por la guerra) son cuerpos activos que suelen generar rechazo. Haciendo un paralelismo, podríamos pensar cómo la pobreza marca y constituye cuerpos, que suelen generar incomodidad en los habitantes de los centros urbanos y que son percibidos como “los otros” (2).

En este sentido, Adrián Scribano (2008) manifiesta que los cuerpos marcados por el hambre (en sus rasgos más visibles como la piel, el rostro, el abdomen y las piernas) no son bienvenidos en todos los lugares, ya que la transposición del límite espacial “genera el conflicto del inesperado” (2008:212); son “invisibles” en la cotidianidad de las “ciudades amuralladas”, y al tomar cuerpo se presentan como peligro. Este peligro, deviene de la asociación entre pobreza y violencia. Rosana Reguillo Cruz manifiesta cómo (con relación específicamente a los jóvenes, aunque podría pensarse

de manera extendida) “la biopolítica ha construido una asociación entre la condición de pobreza y una disposición a la violencia. En los cuerpos ‘pobres’ de los jóvenes se inscribe un imaginario vinculado a la delincuencia” (2000: 78-79). Estos cuerpos “pobres” se constituyen como diferentes a los “cuerpos ciudadanos”, que serían para Sennett el resultado de los esquemas triunfadores de la modernidad. Estos cuerpos hegemónicos presentan características que constituyen principios de distinción (por ejemplo la dentadura clara, sin manchas, completa y alineada), cuyo acceso es restringido para gran parte de la sociedad.

Continuando con Sennett, es interesante cómo vincula, en la actualidad, el temor al roce de los habitantes urbanos con el modo de planificación urbana, guiada por la idea de “liberación de la resistencia” (para que la gente pueda desplazarse sin obstáculos, esfuerzo o participación). Para Sennett “hoy en día, el orden [con relación al espacio] significa falta de contacto” (1997: 23). Se perfila una ciudad que se caracteriza por la falta de contacto con el otro, cuerpos anestesiados que vislumbran peligro en los cuerpos “negativamente” marcados por la realidad social.

Si bien estas afirmaciones son un tanto generales, y responden a otras geografías (como Europa y Estados Unidos) y momentos históricos, varias de las reflexiones pueden ser compartidas en el sentido de la forma en que se intenta relacionar el espacio con el cuerpo, o los efectos de aquel sobre éste. Aunque claramente cualquier transpolación acrítica suele no dar cuenta de cómo es esta relación en el lugar específico que se desea investigar.

Hasta aquí, podríamos decir que el espacio ejemplifica, o pone de manifiesto, la estructura social, y así las distancias sociales se afirman en distancias espaciales. Estas distancias son incorporados por los habitantes de la ciudad “a través de los desplazamientos y movimientos del cuerpo” (Bourdieu, 2010: 121) que tienden a reconocer las zonas por las cuales se debe o no circular y las maneras de estar en cada lugar.

A su vez, el espacio social es construido a partir de determinados parámetros corporales hegemónicos, objetivando la desigualdad, y negando la diversidad de cuerpos. Las diferencias objetivas se inscriben en las propiedades que procuran beneficios diferenciales y “se convierten en distinciones reconocidas en (y por) las representaciones que se hacen de ella los agentes” (Bourdieu, 2010:120). Estas diferencias legitimadas funcionan como un capital simbólico que existe en la relación entre “propiedades distintas y distintivas tales como el cuerpo pulcro, lengua, vestimenta, amoblamiento” (Bourdieu, 2007b:187). En este sentido, los espacios habitados, las maneras de habitarlo y hasta la forma en que esos espacios son decorados, se constituyen en símbolos de distinción, donde se condice el cuerpo con el espacio, ambas formas de inscripción de la posición social.

El barrio

Siguiendo a Clara Salazar Cruz (1999), para quien repensar el espacio urbano en términos de las relaciones sociales que se establecen y se repiten entre los individuos permite situar a los miembros del hogar en tres ámbitos territoriales donde llevan a cabo sus actividades cotidianas: a- la ciudad, b- el barrio y c- la vivienda o espacio intralocal, pasaremos a analizar el barrio, como otra

dimensión del espacio social donde se “cosifican” estas desigualdades y se tejen las relaciones entre el cuerpo y el espacio (3).

En primer lugar, en términos generales en América Latina se ha dado una extensión de la periferia, dentro del marco del proceso de urbanización, donde los grupos de menores recursos “han sido objeto de una gran segregación dado que sus oportunidades de acceso al suelo urbano son resultado de un proceso de diferenciación en el mercado metropolitano” (Salazar, 1999: 43). En zonas de la ciudad “la consecución de la infraestructura básica y vial así como de los servicios y equipamientos urbanos no va precedida de ningún plan conjunto” (Salazar, 1999: 43), sino de las estrategias de lucha que estos grupos han forjado. Estas circunstancias han significado carencias cotidianas por largos períodos para los grupos sociales con recursos económicos más bajos y una segregación socioespacial.

En esta dirección, en *El barrio. Lo social hecho espacio* Pavcovich plantea junto a Merklen que el barrio es plausible de pensarse a partir de cuatro dimensiones teóricas, donde no sólo se tiene en cuenta el aspecto reproductivo del espacio. La primera dimensión es el barrio como fuente de poder, ya que “posee propiedades susceptibles de ser tratadas como recursos por los que los agentes sociales disputan y luchan” (2006:33). La segunda dimensión de análisis es la cohesión, que implica que la pertenencia a un barrio define la identidad social (tanto territorial como de pertenencia a un grupo). La tercera dimensión está conformada por el prestigio, las normas, el estilo. Así, el espacio geográfico va a respetar las diferencias-jerarquías y fundamentalmente las va a hacer visibles en lo material. A partir de la apropiación diferencial de los capitales existentes en el barrio, el grupo social invierte al territorio de un poder cuyo control es una objetivación social del grupo. En definitiva “esta dimensión es la que permite a los grupos segregar, separar, clasificar, estratificar social y territorialmente a los nuevos habitantes del barrio como a viejos habitantes” (2006:33), a lo que podríamos agregar que esta apropiación también se da, en general, en el espacio urbano total. La cuarta dimensión, por último, entiende al barrio como vía de integración a partir de cuatro aspectos: como espacio de solidaridades locales, como espacio de formas específicas de acción colectiva y de articulación política, como una forma de lazo entre individuo y sociedad (demandas hacia el estado e instituciones por la presencia en el territorio), y como soporte a la formación de una identidad (Pavcovich, 2006). En conclusión, el barrio actúa muchas veces como espacio para la conformación de determinadas luchas, por eso suele ser interesante ahondar en las percepciones que los sujetos tienen del barrio que habitan.

A la vez que una zona delimitada dentro de una ciudad, constituye entonces parte de la identidad de los sujetos. Estas divisiones, como plantean Decándido y Ambort (2006), no son arbitrariamente simbólicas, sino que se instituyen a partir de “cualidades visibles que aportan una caracterización social del territorio como la pavimentación o no de las calles, el alumbrado público, el acceso a los servicios como el gas, agua, cloacas, las características de las viviendas, los espacios baldíos, etcétera” (Pavcovich, 2006: 137). Esos criterios se vuelven líneas divisorias físicas y simbólicas que van a constituir percepciones enclavadas que se asientan sobre condiciones materiales enclavadas.

El análisis de los espacios habitados nos habla de las prácticas cotidianas, así como también de las presencias y ausencias, los límites y las posibilidades. Por ejemplo, en los barrios de sectores pobres es común la presencia de determinadas instituciones vinculadas con condiciones socioeconómicas “que se levantan como recursos alternativos en el contexto de situaciones de carencia o de vulnerabilidad” (Pavcovich, 2006: 123). Se trata de salitas, comedores, club de fomento, etcétera, que, como explicita la autora, terminan reproduciendo prácticas que naturalizan un estado de pobreza.

Sin embargo, esta afirmación podría relativizarse según sean las prácticas que instituyan dicha institución. Aquí nos interesa focalizarnos en la composición del barrio: hay instituciones que se dan en los barrios pobres que raramente pueden encontrarse en el centro de la ciudad. A riesgo de sonar redundante, hay construcciones materiales (y por ende que materializan) legitimadas por otros (por ejemplo el Estado) que hacen visible/tangible/cotidiana la condición de pobreza.

Desde otro ángulo Daniela Soldano plantea que a partir del proceso de “territorialización” de las condiciones de vida de los sectores populares, el espacio barrial no hizo más que reforzar la segregación residencial y económica de sus habitantes. Asimismo “se debilitaron aún más los lazos de estos ciudadanos y trabajadores con ‘el afuera’” (2010: 380), como producto del aislamiento y las propias lógicas que se han ido dando en los barrios. La autora ejemplifica diciendo que: “abandonar o renunciar a la búsqueda de empleo y ocuparse cotidianamente en la obtención del alimento y de otros recursos críticos en el ámbito barrial (comedores y planes de asistencia) significó la pérdida del horizonte de integración a la sociedad y la confirmación subjetiva del relevamiento y el aislamiento” (2010: 380-381).

Estas confirmaciones subjetivas de aislamiento y segregación tienen efectos sobre los propios cuerpos en la manera en que son autoconcebidos –los modos en que se describen, conceptualizan, la estima de sí– y se retraducen en determinados gestos como por ejemplo las formas de mirar, el espacio (físico y temporal) que se utiliza para hablar, el tono de voz, etcétera. A su vez, este aislamiento se da por la identificación de “zonas rojas” (Betannin, 2006) que son producto de la estigmatización donde no ingresan ni la policía, ni los prestadores de servicios como taxis, recolectores de basura, etcétera. Es decir, la segregación espacial plantea tanto problemas para el ingreso al barrio, como para su salida.

El uso del espacio urbano en general es diferente según la posición que se ocupa en la estructura social. La segregación espacial no sólo se da por una diferenciación de los lugares de residencia, sino que afecta directamente “la movilidad territorial y la accesibilidad a los lugares de trabajo de grupos sociales similares según se localicen en el espacio urbano” (Salazar, 1999:44) a su vez que contribuye a un manejo diferenciado del espacio urbano por sexo.

Los usos diferenciales del cuerpo, y las concepciones que se tienen de éste según la posición social, se visualizan en el espacio. En los barrios pobres es común encontrar espacios “libres” (terrenos baldíos) que dan lugar al armado de canchitas de fútbol, como lugares donde realizar actividades recreativas que impliquen al cuerpo de manera activa, mientras que es notoria la disminución de gimnasios, así como también peluquerías, centros de estética, perfumerías, o espacios para el cuidado del cuerpo. La zona céntrica (pensando específicamente en la ciudad de La

Plata) se caracteriza por una multiplicidad de espacios, tanto públicos como privados, conferidos a la recreación, y cuidados estéticos (spa, gimnasios, centros de estética, centros de danza, canchas de tenis, fútbol, paddle, espacios de teatro, yoga, y otras prácticas vinculadas a los sectores medios y altos).

En este sentido Bourdieu nos habla de que “el interés que conceden las diferentes clases sociales a la propia presentación, la atención que le prestan, la conciencia que tienen de los beneficios que aquella aporta y las inversiones de tiempo, de esfuerzo, de privaciones, de cuidados que le otorgan, realmente están proporcionados con las posibilidades de beneficios materiales o simbólicos que razonablemente pueden esperar de la misma” (1999: 203).

Con relación a lo que implica el ordenamiento urbano, Claudia Rosenstein (2000), en el marco del estudio del impacto del programa habitacional *Rosario Hábitat* (que depende de la municipalidad de Rosario), manifiesta que la mayoría de los beneficiarios expresa haberse sentido discriminado por pertenecer a una villa, y que a partir de la incorporación de atributos que caracterizan a la ciudad formal, se produce la sensación de integración del barrio con la ciudad (por ejemplo la apertura y pavimentación de calles). En este sentido, observamos cómo el espacio influye en las representaciones que se tienen de sí.

La vivienda

Pasaremos ahora a pensar la relación entre la vivienda y el cuerpo. En los estudios de la calidad habitacional se define la vivienda por la función de ser “un contenedor de actividades humanas, que provee espacios apropiados, en forma y tamaño, y donde las relaciones que se establecen entre ellos puede ser tanto o más importantes que los espacios en sí mismos. Un filtro ambiental, establecido entre los usuarios y el ambiente externo: el edificio debe ser satisfactorio en términos térmicos, acústicos, de iluminación, ventilación, etcétera” (Amarilla, 1996: 7).

Desde otro ángulo el espacio habitado posibilita desarrollar: “las facultades psicológicas, los instrumentos mentales que le permiten conocer su universo y actuar sobre él” (Togneri, 1999: 23). Claramente una vivienda que no cumpla con los requisitos antes esgrimidos, independientemente de que las características en que tales elementos se vuelvan satisfactorios varían de cultura en cultura, repercute en las percepciones que el sujeto tiene de sí mismo, e influye de manera más o menos directa en su cuerpo.

El espacio tiene efectos concretos e inmediatos sobre el cuerpo, por las carencias estructurales que presentan los barrios más pobres y, en correlato, las viviendas (agua, cloacas, pavimentación, alumbrado, cercanía con zonas contaminadas, etc.), donde existe una mayor propensión a determinadas enfermedades o malformaciones. Los problemas del aparato respiratorio, de la piel, entre otros, suelen ser más usuales en estos sectores, donde una de sus principales causas son las condiciones en las que se vive, como por ejemplo la exposición a los cambios climáticos, producto de las malas condiciones de habitabilidad (Pagnamento 2007).

Así, dentro de los efectos menos aprehensibles del espacio sobre el cuerpo, podemos mencionar que éste ayuda a constituir determinadas hexis corporales (dando un ejemplo simplificador no es lo mismo transitar cotidianamente sobre piso de tierra que sobre piso de cemento), las cuales

“le hablan a la motricidad, como esquema postural que es al mismo tiempo singular y sistemático” (Bourdieu, 2007a: 119) donde lo aprendido por el cuerpo “no es algo que uno tiene, como un saber que se puede sostener ante sí, sino algo que uno es” (Bourdieu, 2007a: 118).

Ruben Gazzoli, en *Vivienda Social*, dice que la configuración de la vivienda actual es un producto social y por ende histórico. En la actualidad dicha configuración responde a las necesidades de privacidad e intimidad que requiere cada uno de los individuos que integran el colectivo. En su investigación analiza cuáles son las implicaciones de que una familia viva en un cuarto de un hotel, reflexiones que pueden extenderse a las viviendas que tienen problemas de hacinamiento.

Entre las problemáticas que se suscitan, las familias carecen de espacios adecuados para la intimidad, así como también los hábitos alimentarios quedan soslayados a las instalaciones que existen para cocinar (por ejemplo la falta de gas hace más común el tipo de alimentación fría). A su vez, “las familias deben convertir a su habitación en un ámbito no especializado para poder desarrollar en él todas las actividades para las que no está acondicionado.(...) La alimentación, la producción, el estudio, el descanso, las prácticas sexuales, la recreación pasiva, todo se lleva a cabo en este pequeño universo de 3 x 4” (Gazzoli, 2007: 212).

El autor describe cómo los problemas espaciales afectan a las relaciones familiares, donde lo privado se confunde con lo público, y la convivencia permanente, dado el poco espacio, se retraduce en relaciones más hostiles. Otra problemática que suscita es el espacio de juego de los niños, que deben utilizar el ámbito público como compensación del espacio privado, con las dependencias que esto genera (condiciones climáticas, edades apropiadas para cuidarse solos, etc.). En conclusión: “las condiciones del hábitat se superponen a las familias determinando gran parte de sus pautas de vida e incidiendo sobre la salud física y mental de sus miembros” (Gazzoli, 2007: 250). En la misma dirección Alfredo Moffat plantea que “la arquitectura es el campo condicionante emocional. Si uno está en un lugar sucio, gris, la sensación que tiene es de depresión. El lugar donde estoy condiciona las conductas y el tono emotivo” (2000: 1).

En el libro *Artes de proyectar en arquitectura* de Ernst Neufert aparecen dimensiones a partir de las cuales deberían diseñarse las viviendas, donde se pone de manifiesto la relación cuerpo-espacio. Se toma en cuenta a un hombre como tipo ideal a seguir (siguiendo a Le Corbusier), lo que pone de manifiesto el carácter androcéntrico ya que las medidas referentes son las del cuerpo masculino.

Otras dimensiones que se mencionan en el texto anterior son: el clima interior –el confort térmico se da cuando la actividad termorreguladora del cuerpo es mínima–; el ojo humano –se describe cómo la altura del techo pueden dar sensación de libertad y amplitud, por ser una imagen en movimiento, y los techos percibidos como una imagen en reposo de intimidad, generando sensación de depresión si son más bajos– y los colores como estimuladores o depresores. Así se ponen en evidencia las implicaciones que las viviendas tienen sobre el cuerpo y las percepciones. De acuerdo con los resultados preliminares a los que hemos arribado en nuestro trabajo de campo, podríamos arriesgarnos a decir que estos elementos son notoriamente diferentes según la posición social: las viviendas de los sectores más pobres suelen poseer techos bajos, espacios reducidos, materiales (chapa, cartón, madera) que no permiten una aislación apropiada del medio, no suelen estar

pintadas, lo que nos brindaría primeras pautas para pensar el efecto desigual de las viviendas sobre los cuerpos.

Por último, siguiendo a Míguez, ejemplificaremos lo anteriormente dicho a partir de desarrollar la relación entre una determinada concepción del cuerpo (*cuerpos duros*), los usos y las trayectorias de vida de las personas teniendo en cuenta los espacios habitados. En primer lugar, Míguez realiza una distinción entre lo que es la concepción hegemónica del cuerpo y la relación que los jóvenes en situación de conflicto con la ley establecen con sus cuerpos. Cuando se habla de una concepción hegemónica del cuerpo, no sólo nos remitimos a características físicas, sino que se hace referencia también a una concepción del cuerpo dualista que prioriza la mente sobre el cuerpo, que históricamente se ha vinculado con un “control de las excrecencias y requerimientos fisiológicos” y que “como ha sido indicado este control del cuerpo también es funcional a las exigencias de autocontrol y salubridad propias de la vida urbana, pero también es funcional a la preeminencia de la actividad reflexiva” (2002: 3). En este sentido se da lo que Míguez llama “técnicas de restricción del cuerpo”, que implica cohibir al cuerpo de las expresiones “grotescas”, organizando temporal y espacialmente la manera en que se satisfacen las exigencias corporales (comer, dormir, ejercer la sexualidad). Sin embargo como puntualiza el autor “realizar este control exige ciertas bases materiales mínimas (...) El no cumplimiento de esta condición implica, naturalmente, la imposibilidad de ejercer esa regulación del cuerpo; ya que la imperiosidad de las necesidades impediría la anulación de las sensaciones que la acompañan, evitando por eso la neutralización del cuerpo” (Míguez, 2002:4).

En este sentido, y para ejemplificar este entramado que venimos armando, el autor describe los cuerpos de los jóvenes en conflicto con la ley como *cuerpos duros*: la experiencia del cuerpo de estos jóvenes suele ser diferentes que la de otros sectores, ya que “en lugar de poder anular y controlar las sensaciones de frío, hambre o sueño, (...) normalmente conviven permanentemente con estas sensaciones” (Míguez, 2002: 7). Esto implica que la experiencia del cuerpo se vuelva inevitable. Todo lo que lleva a la concepción que estos jóvenes tienen sobre sus cuerpos como *cuerpo duros*, que ponen en conexión las experiencias corporales de la vida en relación a los espacios habitados, y la manera de habitarlos –vinculada a las carencias– como un el elemento constitutivo del ser –la identificación de estos jóvenes con la fuerza y la resistencia–, como con una condición que le permite desarrollar mejor su tarea delictiva: “esta falta de sensibilidad le permite arriesgar sin temor, y le da una ventaja sobre las víctimas porque estos tienen un miedo que el no tiene” (Míguez, 2002: 8).

Reflexiones finales

A modo de conclusión, la relación entre cuerpo y espacio tiene múltiples dimensiones, donde el espacio afecta al cuerpo desde problemáticas más visibles, hasta maneras más sutiles. Y a la vez, el espacio es producto de los hombres y, por ende, de las concepciones hegemónicas que se tienen del cuerpo (a la hora de construir no se tienen en cuenta representaciones alternativas del cuerpo).

En esta dirección, en el espacio se cristalizan y objetivan relaciones desiguales que se plasman en diversos elementos, por ejemplo las zonas de circulación de una ciudad, la proximidad o lejanía de los barrios medida no sólo por distancia física sino también en relación con los medios de

transporte, la presencia o ausencia del Estado en sus diversas manifestaciones (desde los servicios que un barrio debe tener para su condición de habitabilidad, hasta otros como los comedores, que ponen de manifiesto las carencias de los que viven allí). Y específicamente en vinculación con el cuerpo, las desigualdades espaciales se retraducen de manera más o menos directa en problemas de salud (enfermedades), percepciones de sí mismo (manera diferentes de definir la corporalidad, y de estima de sí), así como también en formas del cuerpo (de manera general formas de caminar, pararse, hablar, mirar). En este sentido, resultaría interesante seguir indagando en esta mutua implicación.

Por último, volver a señalar esta especie de espiral donde se construye el espacio a partir de determinadas concepciones hegemónicas del cuerpo y del hombre, a la vez que ese espacio genera diferencias corporales y distinciones en el modo de habitarlo que refuerzan las desigualdades. Pero, también creemos relevante pensar las formas de subversión del espacio, los campos de posibilidades a que habilitan a los habitantes, o lo que estos hacen de aquél. Por eso proponemos este trabajo como una reflexión teórica que sólo pretende dar pistas pero que debe completarse con un trabajo que reconstruya la percepción de los actores.

Notas

(1) Este trabajo se ha presentado en forma resumida en el 9º Congreso Argentino y 4º Latinoamericano de Educación Física y Ciencias. Los aportes recibidos durante el congreso han sido incluidos.

(2) Transcribo a continuación un fragmento de entrevista que he realizado para la tesis de grado que ejemplifica lo anteriormente dicho.

P: Vos me decías, que cuando entrabas a un negocio la gente reaccionaba... ¿vos creés que la gente reacciona así con todas las personas?

R: No, con todos no, porque a mí me ven que... yo soy una persona que no saben si estoy cartoneando, si soy pintor, si soy portero, si soy electricista ¿Entendés? "¿Qué viene a hacer al negocio esta persona?"

P: Pero ¿por qué pensás que de vos si pueden dudar y no de mí?

R: Y porque estás más... que sé yo, por la forma de vestir, estás más parecido a la persona. Por ejemplo, vas a comprar a un negocio de ropa, a un negocio de carteras. Si hay una señora comprando carteras, y yo le quiero comprar una cartera a Nancy... Hay una señora comprando... ¿qué van a pensar? Cuatro, cinco mujeres me ven a mí todo mugriento, ¿qué van a pensar? Como están dadas las condiciones de seguridad, van a pensar que uno puede entrar a robar, a arrebatar, ¿entendés? Ahí, en el centro, no saben que puede pasar, si te roban a mano armada... (Entrevistado nº 2, sexo masculino, clase baja).

(3) Estos tres niveles que se proponen no deben pensarse con un correlato específico en superficie, sino que es una manera de abordar el espacio.

Bibliografía

AMARILLA Beatriz; Stornini Alberto; Coletti Rebaldo; Gómez Florencia, *Metodología para evaluar el costo de la calidad habitacional*. Buenos Aires .Laboratorio de investigaciones del territorio y el ambiente. Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires, 1996.

ARÉCHAGA, Ana Julia "El cuerpo y las desigualdades sociales. El espiral de la reproducción" en *RELACES* Nº 2, Año 2, Abril 2010. Versión en línea: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/52/39>.

BETANNIN, Cristina "Habitar el barrio: rupturas y continuidades desde lo imaginario". Seminario Latinoamericano Teoría y Política sobre Asentamientos Informales. Buenos Aires. Universidad General Sarmiento, 8 y 9 de noviembre de 2006.

BOURDIEU, Pierre *La Distinción. Críticas y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid.1998.

BOURDIEU, Pierre *Meditaciones Pascalinas*. Anagrama. Barcelona. 1999.

BOURDIEU, Pierre "Efectos de lugar" en *La miseria del mundo*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 2010.

BOURDIEU, Pierre *El sentido práctico*. Taurus, Madrid. 2007a.

BOURDIEU, Pierre *Campo del poder y reproducción social: elementos para un análisis de la dinámica de las clases*. Córdoba. Ferreyra Editor. 2007b.

GAZZOLI, Rubén *Vivienda social: investigaciones, ensayos y entrevistas*. Buenos Aires, Nobuko. 2007.

MÍGUEZ, Daniel "Inscripta en la piel y en el alma: cuerpo e identidad en profesionales, pentecostales y jóvenes delincuentes" en *Religião e Sociedade*, Nº 1, Vol. 22, año 2002.

MOFFAT, Alfredo *Psicología de la vivienda popular* en Sociedad Central de Arquitectos Sep- 2000. Versión en línea: <http://www.moffatt.com.ar/>.

NEUFERT, Ernst *Arte de proyectar en arquitectura*. Barcelona. Ed. Gustavo Gili. 1995. Versión en línea:http://www.taringa.net/posts/ebooks-tutoriales/1335013/_Arquitectura_-Neufert-en-espanol_-el-arte-de-proyectar.html.

PAVCOVICH, Paula Inés (coord.) *El barrio. Lo social hecho espacio*. Villa María. Universidad Nacional de Villa María. 2006.

PAGNAMELO, Licia; Weingast, Diana (2007) "Pobres, enfermedades y padecimiento: estrategias en el campo de la salud" en *Los significados de la pobreza*. Coord. Eguía, Ortale. Buenos Aires. Biblos.2007.

PÍREZ, Pedro "Actores sociales y gestión de la ciudad", *Ciudades* No 28, RNIU, México.

Reguillo Cruz Rosana (2000) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires. Norma.1995.

ROSENSTEIN, Claudia (2000) "El programa Rosario Hábitat y la integración como mejora de la calidad de vida. El caso del asentamiento la Lagunita" en *Estudios del Hábitat* nº 10.

SALAZAR CRUZ, Clara Eugenia. *Espacio y vida cotidiana en la ciudad de México*. México. El colegio de México. 1999.

SANTOS, Milton. *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona. Oikos-tau .1996

SENNETT, Richard *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Buenos Aires. Alianza. 1997.

SCRIBANO, Adrián "Sensaciones, conflictos y cuerpo en argentina después del 2001" en *Espacio Abierto*, abril-junio año/vol 17, nº 002. Asociación Venezolana de Sociología. 2008. Versión en línea: <http://www.accioncolectiva.com.ar/sitio/documentos/ascribano2008a.pdf>

SOLDANO, Daniela (2010) "Territorio, asistencia y subjetividad en el Gran Buenos Aires (1999-2004) en *Reconfiguraciones del mundo popular*. (Coord.) Kessler; Svampa, Bombal. Buenos Aires. Prometeo. 2010.

TOGNERI, Jorge "Aprendizaje, ciudad global y universidad" en *Estudios del Hábitat* n° 6, La Plata. 1999.